

«La Comunion Tradicionalista se suma con todas sus fuerzas en toda España al movimiento militar por la salvación de la Patria», se decía en la orden de alzamiento dada a los carlistas por su jefe, Manuel Fal Conde, el 14 de julio de 1936, hecha efectiva cuatro días después.

Los carlistas en la guerra de España

El (Decreto de Unificación) de 1937

Josep Carles Clemente

ESE gran movimiento de masas que ha constituido y constituye el carlismo, difícilmente ha adquirido en el transcurso de toda su historia una solidez y una homogeneidad ideológicas. Ya desde sus inicios, en la primera guerra carlista de 1833, se configuran en su seno tres claras tendencias (1): la integrista, la tradicionalista y la foralista, popular o comunmente conocida por carlista.

(1) Ver al respecto «Los orígenes de la base popular del Carlismo», Tesina de Licenciatura presentada por Josep Carles Clemente en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Central de Barcelona, 1977.

LA corriente integrista está representada por los antiguos realistas exaltados, los absolutistas puros y los «apostólicos», que se opusieron a las reformas moderadas de Fernando VII exigiendo, entre otras reivindicaciones, el retorno del Tribunal del Santo Oficio, más conocido por Tribunal de la Inquisición. Su preocupación principal era la cuestión religiosa. Apoyaron al primer Don Carlos porque creyeron que con él se podría retornar al sistema purificador inquisitorial y a las estructuras político-sociales del Antiguo Régimen. Su credo coincidió con el expuesto en 1826 en el «Manifiesto de la Federación de Realistas Puros» (2). Los integristas estaban compuestos por elementos del alto clero y algunos representantes de la aristocracia del Antiguo Régimen.

El segundo sector, el tradicionalista o de los realistas moderados, estaba compuesto por la alta nobleza e importantes propietarios. Se aglutinaron durante el Gobierno de Ceá Bermúdez y fueron los que dieron un sentido dinástico a la protesta carlista. Pero estos moderados no formaban, a su vez, un grupo totalmente compacto. Se dividían en transaccionistas-militares y teóricos (3). Los primeros fueron los que hicieron posible el «abrazo de Vergara», al asegurarles Isabel II y el general Espartero sus privilegios de clase. Su credo se indentificó en sus inicios con el Manifiesto de 1814, llamado «de los Persas» (4).

Integristas y tradicionalistas pusieron en marcha la primera guerra carlista, cuyo primer estallido se produjo el 2 de octubre de 1833 en Talavera de la Reina. La conspiración no dio los resultados esperados y el Ejército apoyó a la Regente Doña María Cristina. Los primeros resultados no son precisamente esperanzadores para los políticos legitimistas, que tienen que limitarse a replegarse para ganar tiempo. Pero surgen dos jefes militares que van a resultar providenciales para integristas y tradicionalistas: Zumalacárregui, en el norte; y Cabrera, en los países catalanes.

La realidad era que los voluntarios no afluían a las filas de Don Carlos en el número previsto y necesario para formar un Ejército regular. La táctica seguida consecuentemente en aquella hora fue la de la guerra de guerrillas. Algu-

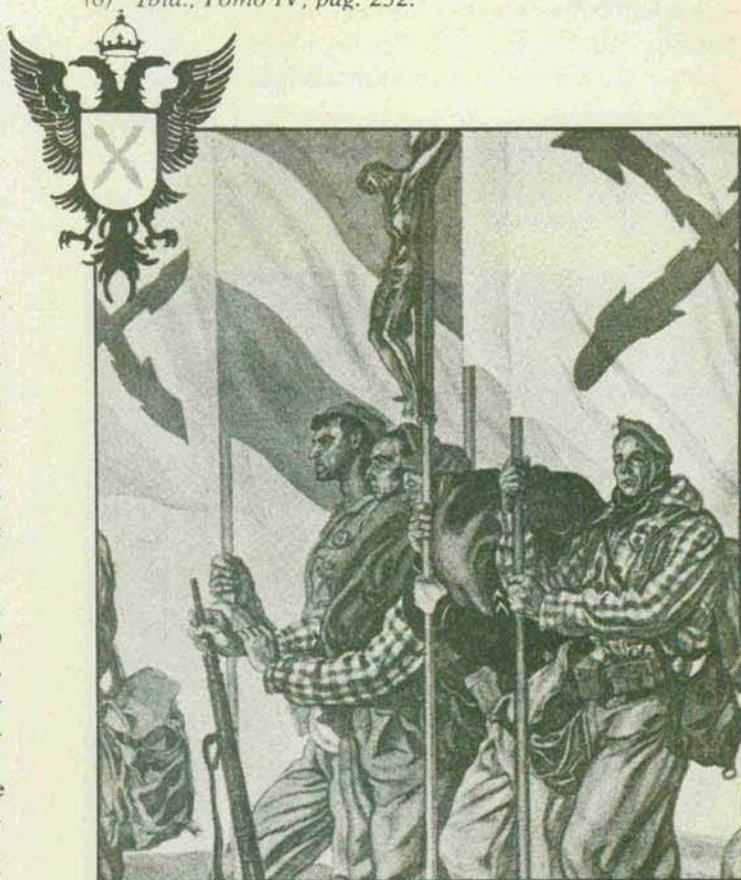
nos jefes inteligentes lanzan lo que en el futuro iba a tener una importancia vital en toda la historia del carlismo: la reivindicación foralista. Con ello intentaron atraerse, y con éxito espectacular, a los enemigos de los liberales, que habían prometido la supresión de los Fueros y la desamortización de los bienes comunales.

Cinco días más tarde de iniciada la guerra, el 7 de octubre, Valentín Verástegui en una proclama a los alaveses insta a la lucha contra los que «han abolido nuestros fueros y libertades» (5). Es la primera referencia foral, que se repetirá de una manera sumamente vaga el 19 de marzo de 1834, por el propio Don Carlos en un «Manifiesto a los aragoneses» (6), en el que el pretendiente se refiere «al derecho de Agnación en la sucesión del Trono tan solemnemente proclamado en los antiguos Fueros de Aragón, que ha sido siempre el Númen tutelar de esta parte tan preciosa de mis Dominios, y que hoy os quiere arrancar la usurpación».

Los cabecillas y las partidas foralistas que se van alzando, lo hacen con la bandera de «¡Rey y Fueros!», que contrasta con la integrista de «¡Viva la Inquisición!» y la de los tradiciona-

(5) Ferrer, Tejada y Acedo: «Historia del Tradicionalismo Español». Tomo III, pág. 292. Sevilla, 1942.

(6) *Ibid.*, Tomo IV, pág. 252.



Sin la aportación del carlismo, especialmente en el frente norte de la Península, el triunfo de Franco hubiera sido problemático. El dibujante «oficial» de aquellos años, Carlos Sáenz de Tejada, quiso «glorificar» así este decisivo apoyo.

(2) Federico Suárez Verdeguer: «El Manifiesto realista de 1826». Revista «Príncipe de Viana», núm. 30. Pamplona, 1948.

(3) Carlos Seco Serrano: «Tríptico Carlista». Barcelona, 1973.

(4) Antonio Pirala: «Historia de la Guerra Civil y de los Partidos liberal y carlista, con la historia de la Regencia de Espartero». Madrid, 1889.

listas de «¡Dios y Rey Legítimo!». Ya tenemos aquí el tercer sector que en adelante será el fundador y núcleo principal del Partido Carlista, compuesto en su totalidad por un voluntariado popular de campesinos, bajo clero y foralistas anticentralistas.

Don Carlos se da cuenta del fuerte impacto de la reivindicación foral y, el 7 de septiembre de 1834, lanza su primera proclama netamente foralista (7). Había tardado un año, después de la iniciación de la guerra, en incorporar a su bandera el tema foral. Y no tuvo que arrepentirse de ello: la afluencia de voluntarios fue masiva. Con ellos, Zumalacárregui y Cabrera ya tenían el elemento humano necesario para organizar un Ejército regular con el que enfrentarse a las fuerzas cristinas, terminando de esa forma con la inicial táctica guerrillera.

La historia interna del carlismo no será otra cosa que la pugna entre estos tres sectores para hacer prevalecer su línea ideológica y política en la cúspide del partido. Integristas y tradicionalistas serán los que formarán, no sin fuertes luchas intestinas, la camarilla de Don Carlos, grupos que, más adelante, al ver definitivamente mermadas las posibilidades de triunfo, no dudarán en abandonar a la dinastía carlista, que sólo se quedará con el tercer grupo, el foralista auténticamente carlista, coincidiendo este hecho con épocas de depuración ideológica y concreción de un programa de claras raíces populares.

Sin la existencia de estos tres sectores en el seno del carlismo no se entienden correcta-

(7) «Decreto de Carlos V confirmando los fueros de Vizcaya». En *Ibid.*, tomo V, pág. 221.



Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este y doña María de las Nieves de Braganza y Borbón, en la toma de Cuenca, producida el 16 de octubre de 1873, según cuadro de Alejandro de la Roche.

mente las escisiones, pugnas internas y luchas decimonónicas de abandonos y defecciones, como las de Ramón Nocedal y Juan Vázquez de Mella. Y ya en pleno siglo XX las escisiones conocidas como «sivatista» y «carloctavista» (8). Sin necesidad de ir más lejos, ahí tenemos, aunque con claras connotaciones fascistas de tipo internacional, los sucesos de Montejurra de 1976 (9).

Pues bien, para entender la contradictoria actitud del carlismo ante el Decreto de Unificación de 1937, en el que Comunión Tradicionalista y Falange Española quedaban suprimidas e integradas en una sola organización política, FET y de las JONS, hay que tener muy en cuenta este esquema inicial de las tres tendencias en el seno del carlismo.

Al estallar la guerra civil de 1936-39, estos tres sectores estaban presentes en el carlismo. El integrista lo representaba Manuel Fal Conde, jefe de la Comunión Tradicionalista y delegado en España del titular de la dinastía carlista, don Alfonso Carlos de Borbón. A la cabeza del sector tradicionalista figuraba el conde de Rodezno, jefe del partido en Navarra, pro-alfonsino, futuro ministro de Justicia de Franco y uno de los primeros en aceptar el cargo de consejero de la primera junta de FET y de las JONS. La corriente foralista o carlista estaba representada, entre otros, por Tomás Caylá, jefe regional de los carlistas catalanes, que apoyó y encabezó el sector del carlismo que se negaba a realizar la sublevación de 1936 al lado de los militares y los falangistas; era de clara ideología federal y nacionalista catalana (10).

FAL CONDE LLEGA AL PODER DEL PARTIDO

El 2 de octubre de 1931, fallece en París don Jaime de Borbón, titular de la dinastía carlista, sucediéndole su tío don Alfonso Carlos de Borbón y Austria Este.

Don Alfonso Carlos, un anciano de mentalidad integrista que había luchado en la tercera guerra carlista al lado de su hermano Carlos VII, estaba desde hacía tiempo alejado de las luchas políticas. Tanto él como don Jaime, no tenían descendencia directa, y este tema preocupaba enormemente a la base carlista (11).

(8) *Josep Carles Clemente: «Historia del Carlismo Contemporáneo (1935-1972)»*. Barcelona, 1977.

(9) *Josep Carles Clemente y Carles S. Costa: «Montejurra 76, encrucijada política»*. Barcelona, 1976.

(10) *Tomás Caylá: «Catalanismo, la única solución»*. Artículo en revista «Juventut», de Valls (Tarragona), del 12 de abril de 1930.

(11) *Jaime del Burgo: «Conspiración y guerra civil»*. Madrid-Barcelona, 1970.



Plaza del Castillo, de Pamplona, 19 de julio de 1936: Centenares de voluntarios del Requeté se concentran para recibir las armas de combate y las primeras órdenes que cumplir en la lucha contra la República.

Los alfonsinos habían intentado repetidas veces que, ante este panorama sucesorio y la situación de la España republicana, se realizara una unión monárquica bajo las directrices de don Juan de Borbón, hijo de Alfonso XIII. Aunque se prodigaron conversaciones y entrevistas, don Jaime nunca se avino a abdicar de sus derechos (12). Don Alfonso Carlos, muy controlado por los pro-alfonsinos integrados en el Partido Carlista, favorece al principio esta unión y, el 8 de junio de 1932, constituye su primera Junta Suprema del Carlismo bajo la presidencia del marqués de Villores e inicia las gestiones para el retorno al partido de integristas procedentes de las antiguas corrientes «nosedalista» y «mellista». Para favorecer esta unión suprime por vez primera el nombre de Partido Carlista, sustituyéndolo por otro más ambiguo y de claras connotaciones reaccionarias y derechistas: la Comunidad Tradicionalista.

El 10 de agosto de 1932 estalla la «sanjurjada», el primer signo de la reacción derechista contra la República. En ella interviene un joven abogado andaluz residente en Sevilla, Manuel Fal Conde, que poco tiempo después iba a ingresar en el carlismo.

Fal despliega una gran actividad y reorganiza eficazmente el carlismo andaluz. Tal es su

avance y popularidad dentro del partido, que el 3 de marzo de 1934, don Alfonso Carlos le designa jefe-delegado de la Comunidad Tradicionalista. Este hecho tendría una gran importancia en el futuro, ya que Fal Conde iba a propugnar el apartamiento de los pro-alfonsinos y el nombramiento de un Regente a la muerte del anciano rey de los Carlistas. Así como a boicotear a la TYRE («Traditionalistas y Renovación Española»), coalición electoral contra la izquierda republicana.

LOS TRADICIONALISTAS PACTAN CON MOLA

Apenas un mes más tarde del ascenso de Fal, una delegación de monárquicos alfonsinos y carlistas se entrevista en Roma con Benito Mussolini. Antonio Lizarza y Rafael Olazábal llevan la representación de la Comunidad Tradicionalista. El Duce les promete armas, dinero y adiestramiento de oficiales ante la organización de un futuro levantamiento armado contra la República. La conspiración está en marcha. El 15 de abril de 1934 ya desfila en el Quintillo, finca próxima a Sevilla, una sección del Requeté andaluz perfectamente equipada y adiestrada (13). Fal Conde,

(12) Tomás Echeverría: «El Pacto de Territet. Alfonso XIII y los carlistas». Volumen I. Madrid, 1973.

(13) Santiago Galindo Herrero: «Los partidos monárquicos bajo la Segunda República». Madrid, 1956.

en los distintos mítines que pronuncia por toda España, va caldeando los ánimos. En Potes (Santander) y ante 10.000 requetés, proclama que «*los pueblos tienen derecho a levantarse contra los tiranos*» (14). Y, el 3 de noviembre de 1935, anuncia en el Aplec de Montserrat, ante 40.000 carlistas, la posibilidad de un levantamiento carlista (15).

La pugna entre pro-alfonsinos y regencialistas toca a su fin. El 23 de enero de 1936, don Alfonso Carlos instaura la Regencia en favor de su sobrino don Javier de Borbón Parma. El conde de Odezmo, aunque proclive a la fusión con los alfonsinos, acata la decisión de don Alfonso Carlos, pero critica la gestión de Fal, tendente a realizar la sublevación condicionando a los militares. Por otro lado, surge la protesta de los carlistas catalanes, con su jefe Tomás Caylá al frente, que rechazan todo intento alcista (16) al lado de los militares.

El general Mola toma contacto con los carlistas navarros, a cuyo frente está el conde de Rodezno, e inicia las gestiones para conseguir la adhesión de la Comunión Tradicionalista. Por otro lado, Fal Conde mantiene conversaciones con el general Sanjurjo, para condicio-

(14) *Luis Redondo y Juan de Zavala: «El Requeté». Barcelona, 1957.*

(15) *Idem, idem.*

(16) *Conversación del autor con Joan Guinovart, secretario político de Tomás Caylá (Valls, 1975).*

nar la entrada de los carlistas en la conspiración de los militares contra la República (17).

LA TENDENCIA POPULAR O FORALISTA, MARGINADA

El 9 de abril, don Alfonso Carlos, en un intento de coordinar las distintas gestiones en torno al levantamiento, constituye el Estado Mayor Carlista bajo la dirección del general Muslera y designa a don Javier de Borbón Parma como representante suyo en este organismo.

En el Círculo Carlista de Pamplona funciona una academia militar en la que se preparan cabos, sargentos y oficiales. Se dan clases todos los días, incluso festivos, y fingiendo excursiones deportivas se efectúan ejercicios de tiro y maniobras a campo abierto en la falda del monte San Cristóbal y en los pueblos de Maquirriain, Excaba y otros. El coronel de artillería Alejandro Utrilla se hace cargo de la jefatura militar de la Academia y concede despachos de tenientes y capitanes, que firma en nombre de don Alfonso Carlos (18).

El 14 de julio, el general Mola envía a las autoridades carlistas, instaladas también en San Juan de Luz, la siguiente nota: «*Conforme*

(17) *Hugh Thomas: «La guerra civil española». 2 volúmenes. Barcelona, 1976.*

(18) *B. Félix Maíz: «Alzamiento en España». Pamplona, 1952.*



Hombre fundamental en la conexión del alzamiento carlista con la parte del Ejército sublevada sería el general Emilio Mola Vidal, al que aquí vemos revistando tropas del Requeté dispuestas a salir en combate hacia la sierra de Navarra.



Junta Carlista de Guerra, de Navarra: de izquierda a derecha, sentados, Marcelino Ulibarri, Joaquín Baleztena, José Martínez de Berasain, José Gómez Itoiz y Eleuterio Arraiza; de pie, José Uriz, Víctor Eusa, Blas Inza, Javier Martínez de Morentin, Ricardo Arribillaga y Víctor Morte.

con las orientaciones que en su carta del día 19 indica el general Sanjurjo y con las que el día de mañana determine él mismo como jefe de Gobierno» (19). Esto significaba que Rodezno y Fal Conde habían vencido a Tomás Caylá y a la opinión de la base popular del carlismo, que quedó totalmente marginada y sin otra solución que ir a remolque de los acontecimientos que con inusitada rapidez se fueron precipitando. A tenor de ello, Fal Conde distribuye a todos los carlistas la orden de alzamiento: «La Comunion Tradicionalista se suma con todas sus fuerzas en toda España al movimiento militar por la salvación de la Patria, supuesto que el Excmo. Señor General Director acepte como programa de Gobierno el que en líneas generales se contiene en carta dirigida al mismo por el Excmo. Señor General Sanjurjo, de fecha 9 último, lo que firmamos con la representación que nos compete. San Juan de Luz, 14 de julio de 1936» (20).

EL PLAN DE FAL CONDE

El general Mola ha dejado escritos unos comentarios sobre los carlistas, en los que narra el plan de Fal Conde sobre la sublevación (21):

(19) Antonio Lizarza Iribarren: «Memorias de la conspiración». Pamplona, 1954.

(20) *Idem, idem.*

(21) «Historia de la Cruzada española». Volumen III, tomo XIII. Madrid, 1941.

«Lo que proponían los carlistas era una insurrección realizada exclusivamente por sus partidarios; Sanjurjo la secundaria y al frente de los requetés navarros avanzaría sobre Madrid. Para estudiar este proyecto fue a Estoril (residencia de Sanjurjo) el príncipe Javier de Borbón Parma, nombrado Regente de la Comunion Tradicionalista por su tío Don Alfonso Carlos, quien, al ser designado por su tío para que le representase en las presidencias de los trabajos del Alzamiento con un grupo de carlistas y militares (que se enumeran), recaudó fondos, trazó normas y, en fin, fijó los primeros jalones del Alzamiento de carácter popular y carlista. En el acuerdo que discutían el general Sanjurjo y el príncipe se estipulaba que si el Alzamiento lo hacían sólo los carlistas se proclamaría Rey a Don Alfonso Carlos, dejándose para más adelante el pleito de la Sucesión, y si era obra de los militares se crearía un Gobierno Provisional de Restauración Monárquica. En la frontera vasco-francesa, y más concretamente en San Juan de Luz, funciona una Junta de Guerra, que preside el príncipe. Cuando el proyecto se hallaba en gestión, la junta de Generales de Madrid se puso en contacto con Sanjurjo, quien nombró representante suyo en la península a Varela (militar carlista), pero al ser confinado éste en Cádiz, le sustituyó Mola, encargándose al príncipe Javier de transmitirle la propuesta.

CONTACTOS ENTRE FALANGE Y COMUNION TRADICIONALISTA

El 28 de septiembre fallece en Viena, víctima de un accidente de coche, don Alfonso Carlos. Fal Conde pone en marcha inmediatamente el mecanismo de sucesión previsto anteriormente: el 1 de octubre da a conocer desde Burgos el decreto por el que don Javier de Borbón Parma es designado Regente del Carlismo. El 16 de agosto también había fallecido en Valls Tomás Caylá.

Ante la inminencia de la toma de Madrid por los Ejércitos de Franco, carlistas y falangistas realizan una primera toma de contacto tendente a llegar a un acuerdo para ocupar los principales edificios y periódicos de la capital, firmando a tal efecto un documento.

Este contacto entre falangistas y carlistas, realizado al margen de los militares, enojó a Franco. Ahí empezaron a surgir las primeras diferencias entre Fal Conde y el general. Este último empezó a madurar la conveniencia de un plan para fusionar las fuerzas autónomas al Ejército. Y circulan entonces por Salamanca los primeros rumores de unificación.

La ocasión de la eliminación política de Fal Conde se le presenta a Franco muy pronto. El 8 de diciembre de 1936, Fal Conde es citado con urgencia a Salamanca y en el Cuartel General de Franco se entrevista con el general Fidel Dávila, que le comunica: «O se expatria usted o tendrá que someterse a un Consejo de Guerra».

El líder de los carlistas había confeccionado simplemente un plan para crear una Real Academia Militar Carlista (22).

EXPATRIACION DE FAL CONDE

Los jefes carlistas se reúnen en la «Casa de las Conchas» de aquella ciudad, donde se hallaban sus oficinas, y al pedirles Fal que resolvieran lo que tenían que contestar, éstos, ante el peligro de inminente fusilamiento, deciden la expatriación y eligen Lisboa. Y Fal Conde marcha a Portugal, pero no por ello decrece su actividad en la dirección del carlismo.

En la retaguardia se lucha por el poder político. El 14 de febrero de 1937, Manuel Hedilla, jefe de la Junta de Mandos de Falange Española, autoriza a José Luis Escápio y a Pedro Gamero del Castillo a trasladarse a Lisboa para conectar con Fal Conde y discutir las bases de un acuerdo sobre el futuro régimen español. Por el camino, y por indicación de Serrano Suñer, se une a la comisión Sancho Dávila. No se llega a ningún acuerdo, ya que los falangistas proponen como futuro Rey de España al hijo de Alfonso XIII, don Juan de Borbón (23). Mientras tanto, los tradicionalistas proalfonsinos trabajan los medios carlistas en pro

(22) «Les Archives Secrètes de la Wilhelmstrasse». Librairie Plon. Paris. Ver también testimonio oral del propio Manuel Fal Conde, en la entrevista que se publica a continuación de artículo.

(23) Josep Carles Clemente: «Historia del Carlismo Contemporáneo (1935-1972)». Barcelona, 1977.



Pese a su mayor intensidad dentro de la zona norte, la acción del Requeté se extendió por todo el territorio español en conflicto. Valga como muestra este grupo del Tercio «Virgen de los Reyes» durante la toma de Ronda (16 de septiembre de 1936).

de la Unificación, cuyos rumores son cada vez más insistentes. El conde de Rodezno y Luis Arellano aparecen como las figuras más representativas de este sector.

CARLISTAS Y FALANGISTAS LLEGAN A UN ACUERDO PREVIO

El 6 de abril de 1937, Manuel Hedilla se entrevista en Villarreal de Alava con los representantes de la Comunidad Tradicionalista Arauz de Robles y Lamamié de Clairac. Esta reunión fue un signo de claro enfrentamiento con Serrano Suñer —hombre destinado por Franco para la ejecución del proyecto unificador— y, por ende, con el propio Franco. Los reunidos acordaron no aceptar la unificación si ésta se realizaba al margen de ambas organizaciones políticas; además, se comprometieron a no aceptar ningún cargo en la primera Junta Política que se formara (24).

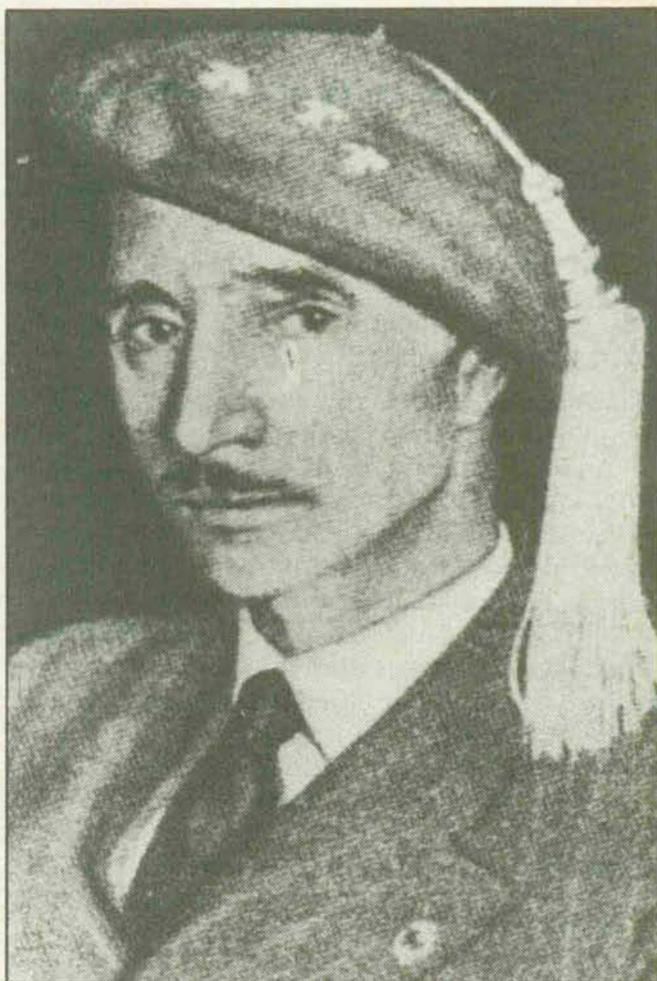
Los falangistas pro-alfonsinos y pro-unificación, encabezados por José María de Areilza, conde de Motrico, realizan un último esfuerzo para convencer a los carlistas de que acepten unificarse y, para ello, visitan, el 18 de abril en San Juan de Luz, a don Javier de Borbón Parma. Le proponen directamente la fusión voluntaria con Falange y otros grupos derechistas. El Regente carlista se negó rotundamente a ello y apoyó la postura de Fal Conde y los acuerdos de los comisionados en Villareal de Alava (25).

SE PROMULGA EL DECRETO DE UNIFICACION

Veinticuatro horas más tarde de esta reunión en San Juan de Luz, el 19 de abril de 1937, la emisora dependiente del Cuartel General del Ejército «nacional» emite un discurso de Franco y da a conocer el texto del *Decreto de Unificación*, según el cual todas las organizaciones políticas quedan disueltas e integradas en el partido único «*Falange Española Tradicionalista y de las JONS*».

La reacción de los carlistas no se hace esperar. Desde Lisboa, Fal Conde amenaza con expulsar del carlismo a todos los que acepten cargos en el nuevo partido único.

El 22 de abril, Franco nombra por decreto la primera Junta Política de FET y de las JONS, en la que forman parte cuatro tradicionalistas



Fue personalmente don Javier de Borbón Parma —en la foto— quien explicó a Franco el motivo de la discrepancia carlista con el Decreto de Unificación de 1937. Como toda respuesta, el dictador decidió la inmediata expulsión del monarca de territorio nacional.

pro-alfonsinos: el conde de Rodezno, Luis Arellano, José María Mazón y el conde de la Florida. Aquel mismo día, don Javier de Borbón Parma y Manuel Fal Conde anuncian la expulsión de los cuatro de la Comunidad Tradicionalista, a la que desde entonces dejaron de pertenecer. La guerra entre carlistas y franquistas ya estaba, de esta manera, declarada formalmente.

CONSECUENCIAS DE LA UNIFICACION

La oposición frontal del carlismo a Franco, iniciada con la negativa a unificarse en el partido único, iba a tener importantes consecuencias. De entrada, todos los miembros de la Comunidad Tradicionalista quedaron marginados de los puestos de responsabilidad política, excepto los tradicionalistas franco-alfonsinos que, con el conde de Rodezno a la cabeza, son aupados a importantes puestos ministeriales: Esteban Bilbao llegaría a ser ministro de Justicia y primer presidente de las Cortes Españolas. El propio conde de Rodezno

(24) *Idem, ídem.*

(25) *Testimonio oral de don Javier de Borbón Parma al autor, el 15 de abril de 1969, en París.*

ocuparía también el cargo de ministro de Justicia y, años más tarde, el 20 de diciembre de 1957, sería el primer firmante del Acta de Estoril, por la cual cuarenta y cuatro tradicionalistas aceptaron la jefatura dinástica de don Juan de Borbón, siendo uno de los elementos clave del entendimiento entre Franco y el hijo de Alfonso XIII, que culminó con el envío a España del príncipe don Juan Carlos de Borbón para ser educado cerca de Franco y proclamado más tarde Rey de España.

No obstante, don Javier de Borbón Parma intenta contrarrestar esta marginación penetrando en España el 17 de mayo de aquel mismo año. Visita a los requetés que luchan en el frente y con su presencia activa llena el hueco dejado por la expatriación de Fal Conde. Se entrevista con Franco y le explica el motivo de su discrepancia con el Decreto de Unificación y su resistencia a la construcción de un sistema fascista (26). La reacción de Franco, que escuchó impertérrito, se conoce dos días después: estando en pleno frente, recibe a un ayudante del general que le entrega una carta en la que le dice que debe abandonar el territorio español en el espacio de veinticuatro horas. Sería la primera expulsión de un miembro de la familia Borbón Parma.

El 11 de agosto, intentando atraerse la voluntad de Fal, Franco decide terminar con la expatriación del líder carlista y le recibe en su

(26) *Idem, idem.*

Cuartel General. Franco le propone formar parte del Gobierno, pero Fal rechaza su colaboración en la formación del Estado fascista.

El 12 de octubre, «Festividad de la Raza», instituida mediante decreto por los franquistas, se suceden en todo el territorio dominado por Franco diversas manifestaciones anti-franquistas protagonizadas y organizadas por la A.E.T. (Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas). Se suceden detenciones en masa en Burgos, San Sebastián, Vitoria y Pamplona (27).

Estos mismos estudiantes carlistas serían los que, en el año 1941, intentaron organizar el envío de una Compañía de voluntarios a luchar al lado de los aliados en la II Guerra Mundial, para contrarrestar así los efectos propangandísticos de la División Azul. No lograron sus proyectos, siendo detenidos todos los miembros del Comité organizador y encerrados en prisión (28).

El enfrentamiento Franco-carlismo duraría toda la larga posguerra, prolongándose hasta la muerte del dictador (29). ■ J.C.C.

(27) *Testimonio oral de don Miguel Angel Astiz, uno de los jefes de la A.E.T. de aquella época y detenido por los mencionados sucesos.*

(28) *Testimonio oral de don Mariano del Mazo Zuazagoitia, de Palencia, uno de los organizadores de aquel proyecto.*

(29) *Para una detallada explicación de esta larga oposición, ver Josep Carles Clemente: «Nosotros, los carlistas». Madrid, 1976. Y, fundamentalmente, su «Historia del Carlismo Contemporáneo (1935-1972)». Barcelona, 1977.*



La oposición frontal del carlismo a Franco, iniciada con la negativa a unificarse en FET y de las JONS, iba a tener consecuencias decisivas a lo largo de los cuarenta años posteriores. (En la imagen, don Javier, don Carlos Hugo y don Carlos Javier, tres generaciones del carlismo).